

SAN AGUSTÍN Y LA NUEVA RETÓRICA CRISTIANA: HABLAR PARA ATRAER

INTRODUCCIÓN.

La retórica llega a formar parte de la *paideia griega*, es decir, del programa pedagógico de los jóvenes estudiantes griegos, algo que abarcará hasta los tiempos del mismo San Agustín, puente entre la retórica antigua y la medieval (Murphy (1898-1962)).

Pero, antes de centrarnos en la figura del “genio de Europa”- en palabras del jesuita Erich Przywara (1889-1972)- es preciso analizar las figuras de dos personajes claves e influyentes para su vida de “dialéctico reconocido”- como se auto designó en la polémica mantenida contra el gramático donatista Cresconio-.

Y estos no podrán ser otros que Marco Fabio Quintiliano (30-100?), el autor del tratado más completo y original que sobre retórica existe (Murphy), y Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.) (cuya obra el *Hortensio*- actualmente perdida y como recuerda en *conf. III, 4,7*- despertó el amor agustiniano hacia la filosofía).

Así, será la rectitud moral en la figura del orador la principal contribución que Quintiliano aporte a la retórica clásica, pues toda oratoria debía tener su origen en el hombre de bien, de buena conducta. De ahí que el orador lo defina como aquel “*hombre de buen corazón, de bien y prudente*” (*Inst. Orat. XII*), en una palabra, el “*vir bonus dicendi peritus*”. Pero, por otro lado, sus funciones se limitarán sólo a “*docere, movere et delectare*” (*enseñar, mover y deleitar*), funciones que también San Agustín recogerá en el libro IV de su *De doctrina Christiana*, libro éste que- según Murphy- constituirá el “*primer manual de retórica cristiana*”, pues en la Edad Media sirvió de manual al clero.

Por otro lado, Cicerón era tenido como el maestro indiscutible. Para él, la filosofía estaba muy estrechamente unida a la oratoria, por lo que el hombre elocuente será ya el orador-filósofo como se desprende de su tratado *De Oratore* (tratado influyente en San Agustín):

“*Si alguien quisiera llamar orador a aquel filósofo que nos proporciona abundancia informativa sobre todos los asuntos y, en concreto sobre aquellos relacionados con la oratoria, por mí bien puede hacerlo; si, en cambio, prefiere llamar filósofo a aquél del que yo digo que ha sabido unir a la ciencia la elocuencia, no lo impediré...*” (3. 142-3).

San Agustín llega a considerarlo como el preceptor del orador cristiano, aunque- evidentemente- éste debía considerar el fin último de su discurso diferente del pagano, pues ha de tener en cuenta que su finalidad ya no sería el conseguir los aplausos y triunfos del foro, sino- ante todo- la conquista y salvación de las almas.

Tal es la influencia del Arpinate en el Maestro de Hipona que, autores como el agustino Oroz Reta, llegan a afirmar que “*San Agustín sólo ha revestido tanto su lenguaje como doctrina de unas ideas y de un vocabulario cristiano*”, es decir, que el Obispo Hiponense tan sólo reconvierte todo lo ciceroniano a cristiano, lo reviste.

Pero, como ya bien se apuntó anteriormente, si deseamos estudiar el “arte del bien decir” en el “*más filósofo de los Padres*” (Grabmann (1875-1949)), entonces hemos de centrarnos irremediabilmente en su obra *De doctrina Christiana*, concretamente en su libro IV.

Así, el mayor triunfo del “*príncipe de los místicos*” (Butler (1956)) al componer esta obra, al igual que su carácter distintivo, es haber intentado y conseguido a la vez una profunda renovación de la retórica clásica, enmarcada y dirigida por el espíritu cristiano de la caridad. Por ello, autores como Marrou (1904-1977), han señalado el carácter revolucionario (exagerado) de esta obra, pues siempre defendió el uso de la retórica- aunque fuese pagana- como arma del orador cristiano, frente a otros autores como San Jerónimo (340-420), Lactancio (¿245-325?) o San Cipriano de Cartago (+258).

De esta forma, él reivindica en *De doctrina Christiana* una elocuencia distintamente cristiana. No obstante, lo único que este antiguo maestro de retórica (enseñó en Roma y Cartago, así como ocupó la cátedra- por nombramiento oficial del Emperador- en Milán) le exige a su orador es una doctrina, una ciencia sana distinta de la que se aprendía en las escuelas de los sofistas, y esa ciencia no es otra que la cristiana, pues “*doctrina sana, id est christiana*” (*doc. Chr. IV, 31,64*), ya que “*todo predicador que no escuche el Verbo de Dios que le habla en su interior resulta ser hueco, vacío*” (*s. 179,1*), puesto que “*sin El toda elocuencia humana es muda*” (*s. 188,2*).

1- LINEAS FUNDAMENTALES ARGUMENTATIVAS DEL DE DOCTRINA CHRISTIANA → (Vol. XV)

San Agustín de Hipona, considerado como el “*Doctor más universal y el genio más vigoroso que ha poseído la Iglesia*” (Cayré)¹, compone esta obra tomando como referencia el *De Oratore* ciceroniano o el *Orator*. No obstante, aunque ha sido tan estudiado bajo distintos puntos de vista, sobre todo el retórico, permanece aún inexplorado. Sin embargo, aunque todos creen ver en este libro un manual de retórica- como ya se apuntó-, él apresuradamente lo desmiente al comenzar el libro IV:

“*Lo primero que prevengo en este prólogo a mis lectores, los que quizá piensen que he de darles los preceptos retóricos que aprendí y enseñé en las escuelas del siglo, es que no esperen de mí tal cosa, no porque no tengan utilidad, porque si la tienen deben aprenderse aparte. Si por casualidad a algún buen hombre le sobra tiempo para aprenderlas, no debe requerírmelas, ni en esta ni en otra obra mía*” (*doc. Chr. IV, 1,2*).

La obra, redactada entre los años 396-426 (restan tan sólo 3 años a su muerte para el término de su redacción), se compone de cuatro libros, siendo el último de ellos el que requerirá una mayor atención, pues en él se le ofrece al orador cristiano los distintos preceptos que le habilitan tanto a comunicar las Sagradas Escrituras a los demás como el saber persuadirlos de su verdad (*doc. Chr. IV, 2,3*): “*Completé, pues, el tercero....Añadí el último libro y completé esta obra en cuatro libros; de los cuales los tres primeros ayudan a entender las Escrituras (modus inveniendi); el cuarto versa de cómo han de exponerse las cosas que entendemos (modus proferendi)*” (*ret. III, 4,1*).

¹ Cayré, F. *Initiation a la philosophie de Saint Augustin*. Ed. Desclée de Brouwer, Paris, 1947.

Así, será su profunda preocupación por todos aquellos clérigos que, ocupando una sagrada cátedra se ven carentes de elocuencia alguna, una de las principales causas que lo mueva a la redacción de esta obra. De esta forma, el autor de las *Confesiones* no se muestra contrario al empleo de sermones ya elaborados por parte de otros predicadores, pues él desea ayudar, ante todo, a sus presbíteros (*doc. Chr. IV, 29,62*).

De esta forma, hemos de tener en cuenta que no será hasta el siglo VI cuando el Obispo deba velar en sus diócesis por la ortodoxia de los discursos homiléticos, pues con anterioridad a este siglo sólo podía ejercer esta labor (predicar) el Prelado aunque- de una forma excepcional- también se podía delegar. Será ya en el Concilio de Vaison, celebrado en el año 529, cuando se romperá definitivamente este monopolio.

Pero, retomando nuevamente esta obra *De doctrina Christiana*, hemos de converger con Murphy en que: *“Las ideas de San Agustín son tan complejas, y su tono general tan significativo, que un resumen conciso de la obra podría equivocarnos por completo”*.

2- PROFUNDIZACIÓN TEMÁTICA DEL LIBRO IV: HACIA UNA DEFINICIÓN TEÓRICA DE LA RETÓRICA AGUSTINIANA

San Agustín considera -frente a otras corrientes adversas- que el cristiano no debe rechazar cosa alguna por el mero hecho de haber sido dicha o hecha por autores paganos, al contrario, debe considerarla como algo que también pertenece a su “Señor” (*f. et op. 3,4*), al mismo tiempo que habrá de encontrarle la utilidad que ofrezca para la mejor comprensión de las Santas Escrituras (*doc. Chr. II, 18,28*). Es por esto que logra superar definitivamente ese miedo o temor, existente en su época, por hacer uso de la cultura pagana.

Esta visión repercutirá- especialmente- en la retórica, pues su utilidad reside en la posibilidad que nos brinda al poder exponer lo que ya hemos entendido, y no para entender lo que ignoramos (*doc. Chr. II, 37,55*). Así dirá que:

“El buen discurso es el pensamiento que va de lo cierto a la averiguación de lo incierto” (imm. an. 1,1).

Sin embargo, también la retórica puede conducir a los demás hacia el engaño, algo que queda reducido sólo a la mera intención humana, pues:

“Y como ellas también pueden persuadir cosas verdaderas no es culpable la retórica, sino la perversidad de los que usan de ella malamente” (doc. Chr. II, 36,54).

Así, podemos apreciar que la postura mantenida en esta obra diverge totalmente de la de *Confesiones* (*conf. IV, 2,2*), donde llega a definir a la retórica como “el arte de engañar” o “el arte de mentir con elegancia” (*s. 70, 1-3*).

Resulta obvio el papel que los maestros de retórica clásica ejercen- fundamentalmente Cicerón- en todo esto. De ellos, toma la división de este “arte de la palabra”: *“inventio, dispositio, elocutio, memoria et actio”*. No obstante, él la simplifica en dos: *“inventio et elocutio”*, pues:

“Dos son los fundamentos en que se basa toda la exposición de las Divinas Escrituras: en el modo de encontrar las cosas que deben ser entendidas, y en el modo

de explicar las que se han entendido. Primero disertamos sobre el modo de encontrar, después sobre el modo de exponer” (doc. Chr. I, 1,1).

De esta forma, dedicará los tres primeros libros de dicha obra a la invención, a la temática y sustancia de los discursos (*modus inveniendi*), mientras que el cuarto y último a la forma de expresarlos, a la elocución, memoria y acción (*modus proferendi*), pues los preceptos retóricos también se pueden aprender escuchando a los que *“hablan elocuentemente” (doc. Chr. IV, 3,4).*

Pero, algo importante a destacar en esta *“ars rhetorica christiana”* de San Agustín, es el hecho de querer formar, no sólo un orador, sino -ante todo- un orante, ya que: *“...sea antes varón de oración que de peroración” (doc. Chr. IV, 15,32),* pues: *“Cuando un orador tenga que hablar al pueblo o a un grupo más reducido, o dictar lo que se ha de decir públicamente, o lo que se ha de leer por otros- si quiere y puede-, ore para que Dios ponga en sus labios palabras propicias” (de doc. Chr. IV, 30,63).*

Así, es esto de vital importancia para el *“loquens ecclesiasticus”* que él desea, al mismo tiempo que deberá ser un hombre coherente, de buena conducta y vida buena
(*doc. Chr. IV, 27,59-60*) (la rectitud moral que pedía Quintiliano).

Por tanto, este libro IV constituye un hito para la historia de la oratoria, no sólo por la aportación a construir una nueva teoría retórica, sino también por el influjo que ejerce en distintos oradores sagrados como Fray Luis de Granada (1504-1588)- algunos no tendrán el mínimo reparo en copiarlo literalmente-. Por todo ello, dicha obra se erigió en el último tratado de retórica antigua y el primero de retórica eclesiástica.

Pero, tampoco podríamos finalizar este breve recorrido por el libro IV sin hacer mención alguna a las denominadas “artes liberales”, artes en las que los alumnos- entre ellos San Agustín- eran instruidos en el “horario escolar” (Quintiliano).

(Aparecen enumeradas en la obra de Marciano Capella (siglo V d.c) *De nuptiis Philologiae et Mercurii*). Reciben tal nombre puesto que son propias del hombre libre, al mismo tiempo que lo hacen disfrutar de tal condición. Su canon se establece en siete: tres artes verbales (gramática, retórica y dialéctica) y cuatro artes matemáticas (geometría, aritmética, astronomía y teoría musical).

Será ya en la Edad Media- como bien lo indica San Isidoro de Sevilla (556-636) en sus *Etimologías* (tres primeros libros)- cuando se acuñen los vocablos *“trivium”* y *“quadrivium”*, con los que se designarán tanto a las artes verbales como matemáticas (encierran todo el saber medieval).

De esta forma, autores como San Agustín de Hipona o San Gregorio Magno (540-604) serán afines al estudio de éstas, pues: *“las ciencias liberales son muy aptas para el uso de la verdad” (doc. Chr. II, 39,58) o “estudiar las artes liberales con la única condición de que nos lleven a mejor comprender las palabras divinas” (Comentario del Primer libro de los Reyes V, 84).*

Así, el interés del Maestro de Hipona hacia estas “artes o ciencias liberales”, será el principal motivo que le lleve a componer los libros que él mismo denominará como *Disciplinarum libri*, libros compuestos en forma dialogada que- como él mismo nos indicó en las *Retractaciones*- redactó mientras vivía en Milán, al mismo tiempo que

se preparaba para recibir el sacramento del bautismo (lo recibe en 387 a los 33 años por San Ambrosio de Milán).

No obstante, de entre las siete obras (una dedicada a cada disciplina) sólo pudo terminar dos: *De grammatica* y *De musica*. Por tanto, los otros cinco correspondientes a las restantes ciencias sólo los pudo bosquejar o esquematizar, llegando a perderse, aunque- no obstante, y como él mismo afirma- puede tenerlos alguien en posesión. Sin embargo, actualmente nos han llegado dos breves opúsculos que bien podrían formar parte de estos *Disciplinarum libri* agustinianos. Estos son: *De dialectica o Principia dialecticae* y *De rhetorica o principia rhetorices*.

Ambos no están exentos de polémica, ya que su autenticidad divide a los agustinólogos. Así, mientras que unos se basan en la carencia de diálogo alguno o incluso en el estilo poco acorde con la personalidad agustiniana para negar la autoría de San Agustín, otros-en cambio- se apoyarán en las tesis del diálogo mental o figurado, falta de tiempo o cambio de parecer (para culminarlas) por parte del Santo para afirmarlas.

3- ELEMENTOS TÉCNICOS EMPLEADOS EN LA ORATORIA AGUSTINIANA

El sacerdote Carlo Cremona considera que es perenne y constante la actualidad de este “*ilustre y docto varón*”, puesto que resulta evidente el influjo que ejerció- y aún sigue ejerciendo- en toda la Iglesia Occidental, lo que- de alguna manera- viene a suplir el calificativo de Magno que la historia no supo, o quizás, no quiso otorgarle, pues ha sido muy injusta con él.

Sin embargo, otros como Marrou (1904-1977), subrayan la poca originalidad de San Agustín- debido, fundamentalmente, a su influjo ciceroniano-. Es por ello que, aunque hablemos de un “*ars rhetorica*” en él, sin embargo no lo podemos hacer de una “*techné*” propia, es decir, de unos elementos técnicos.

No obstante, lo que sí podemos y debemos hacer es mención a una serie de figuras o locuciones retóricas en su oratoria, figuras que incluso los autores de los libros sagrados ya conocían y que todo estudioso de estos también deberá aprender:

“...hemos de advertir a los estudiosos de los Libros Santos que no sólo conozcan los géneros de locuciones de la Escritura, y adviertan con cuidado de qué manera suele hablar, y lo retengan en la memoria...” (doc. Chr. III, 37,56).

Así, en sus sermones y obras podremos encontrar: metáforas, tropos, alegorías, antítesis, prosopopeyas, sinécdoques, etc. De entre éstas, hemos de destacar principalmente, las primeras, objeto fundamental de su obra *Contra mendacium* y a las que define de la siguiente manera: “*Lo que se llama metáfora es la usurpada traslación de una palabra de una cosa propia a otra no propia o figurada*” (c. mend. 10,24).

De esta manera, es gracias a este lenguaje figurado, a estas metáforas, como el oyente puede entender las verdades que se le exponen.

La metáfora

La utilización de la metáfora ha sido algo muy común a lo largo de todas las épocas por las que ha atravesado la literatura universal. Sin embargo, con la aparición del cristianismo pasan a convertirse en un medio pedagógico, lejos ya de lo artificioso

y antinatural que le añadía la Sofística, pues ahora deberá ayudar al oyente a comprender más fácilmente algún concepto que resulte ser más complejo.

Su empleo- como bien recuerda San Agustín- debe ser moderado- no excesivo y desbordante (como pensaba la Sofística, pues ya Solón de Atenas (638-558 a.C.) - uno de los siete sabios de Grecia- advirtió que “*Nada en exceso*” o tb. Aristóteles). De esta forma, garantizamos que estas sigan conservando su forma literaria y estética.

Así, al analizar dichas metáforas nos encontramos con:

1- Gusto por dotar de cierta animación a todos los seres inanimados

La misión básica será la de sustituir lo abstracto por lo concreto. Así tenemos:

- El Alma → Se le otorga un amplio catálogo de cualidades debido fundamentalmente- a su carácter espiritual. Por tanto, ésta llega a poseer sus propios sentidos (vista, oído, etc) o incluso sus propias dolencias (avaricia, pasión, pecado, etc) → “*Como el cuerpo muere cuando le falta el alma, así el alma muere cuando pierde a Dios*” (s. 62,2).
- El corazón → Se le otorga el papel de arca o morada donde habitan los pensamientos o incluso el mismo Dios: “*¡Oh, hombre!, tu corazón sea el arca de Dios llena de divinas riquezas...*” (ep. 63,11).
- La Lengua → San Agustín le adjudica el papel de espada con la que se hierde → “*Si no puedes domar tu lengua, recurre al Señor para que le ponga freno*” (s. 55, 1-3).
- El Pensamiento → A veces, los malos pensamientos se asemejan a polillas o gusanos que carcomen los sentidos de nuestro cuerpo.

2- Recursos a la personificación

Como se desprenden de los sermones agustinianos, el Santo Obispo Hiponense es un gran “aficionado” por dotar de cualidades humanas a todas aquellas cosas carentes de animación alguna.

Así, claros ejemplos vendrían dados por la fe, el mundo o la misma Iglesia. En cuanto a ésta última, se le adjudica el papel de Madre, Mujer o Esposa casta, entre otras. No obstante, destacamos estas tres:

- a) Es la túnica rasgada de Cristo; b) Es la nave que, con Cristo como timonel, recoge en su navegar tanto a buenos como malos y c) Es el huerto del Señor donde trigo y cizaña crecen juntos.

Además, los mártires (la sangre de estos representa la semilla auténtica del cristianismo) y las “virtudes teologales” (fe, esperanza y caridad) ocuparán en su seno un lugar privilegiado.

La comparación: metáfora reforzada

Dentro de las metáforas, aparece también el recurso a la comparación. Esto es debido, sobre todo, al tipo de auditorio al que el Santo Obispo debía dirigirse, la mayoría de las veces inculto e indocto, pues creía que si no llegaban a comprender bien algún concepto de su predicación, sus oyentes pudieran alejarse.

Entre las numerosas comparaciones que circundan sus sermones, hemos de destacar las que adjudica a Cristo. Así tenemos que:

Cristo simboliza al agricultor que siembra la Palabra de Dios o también al gran mercader que, a precio de su sangre, compra las almas de todo el género humano.

Otra comparación a destacar, por su incomparable belleza, es la que establece con la vejez: No es más que una lámpara encendida a la que se le va consumiendo el aceite, algo que habrá que reponer si deseamos mantener encendida la llama.

La écfrasis: descripción gráfica extraordinaria

Dentro de las metáforas y comparaciones aparece también la figura de la écfrasis, figura cuya función será la de hacer más dinámico el discurso, es decir, dotarlo de un tono y colorido distinto. Por ello, deberá describir de una forma viva a todos aquellos personajes que aparezcan.

Son numerosos los ejemplos que aquí podemos citar, pues desea que el oyente pueda tocar con sus propias manos y ver con sus propios ojos lo que el sermón está describiendo a través de palabras. Así, por ejemplo, hará un retrato del hombre avaro, del soberbio o, incluso, de los propios mártires (San Lorenzo, San Vicente, etc).

Por otro lado, es tan grande la preocupación de San Agustín por llegar a transmitir correctamente los sermones que, no dudará en emplear para ello toda clase de recursos. Así, este empeño se vería compensado, a veces, por el clamor de un auditorio que, entusiasmadamente, llega a irrumpir con aplausos o vítores (cosa que él reprobaba)

→ *“Aun no lo dije todo, pronuncié de “dar”, y habéis prorrumpido en aplausos”* (s. 52,13).

Dentro de estos recursos, además de los que se han citado anteriormente, hay que apuntar el juego que llega a establecer entre las mismas palabras:

4- LOS JUEGOS DE PALABRAS: MEDIOS PARA CAPTAR AL QUE ESCUCHA O LEE

Los juegos de palabras no consisten más que en establecer una serie de relaciones entre sílabas semejantes o que contengan la misma idea, a la vez que se les dota de cierta musicalidad. Muchos se inspiran en los cantos, refranes populares o incluso en los mismos autores cómicos.

Es este recurso empleado con bastante frecuencia por el Santo Obispo, recurso que también gozaba de una enorme simpatía por parte de los primeros cristianos.

Así, por ejemplo, podemos citar: *“...la Iglesia puede ser combatida, pero no vencida”* (in Ps. 103) o *“vuestra paciencia, Señor, me invita a penitencia”* (in Ps. 80,16); *“Donde no hay tentación, no hay oración”* (ep. 130,3-5).

En cuanto a la musicalidad, a la que ya se aludió anteriormente, se conseguirá-entre otros- gracias a la rima, deleite de los oídos.

5- LA RIMA: “DELECTATIO AURIUM”

La rima no consiste más que en la semejanza de la terminación entre dos o más voces. Su empleo gozaba, ya desde la antigüedad, de una enorme estima. Así, los autores antiguos creen que será el sofista Gorgias de Leontini (485-380 a.C.) el que la inventó, aunque actualmente esta tesis carece de valor alguno.

El gusto por este recurso rítmico se adentra en África, en donde recibirá una grata acogida por parte de todos los escritores africanos, entre ellos San Agustín de Hipona. En ésta, el Santo Obispo descubrió la ayuda que, tal vez, pudiera necesitar para llegar a despertar la “adormilada atención de sus oyentes”, aunque mientras él predicaba- dicen- no dejaba que el auditorio se durmiese. Así, su “lema” era: “*Veritas pateat*” (presentar la verdad de una manera patente); “*Veritas placeat*” (de una forma agradable) y “*Veritas moveat*” (dinámica).

Así, estas rimas abarcarán desde sustantivos, adjetivos o adverbios (rimas nominales) hasta las mismas formas verbales (rimas verbales):

- Sustantivo: “*Fides in mente, Christus in ventre” (s. 196,1)/ “*Quid est fides, nisi credere quod non vides? (lo. 40,9).**
- Adjetivo: “*Nisi unum cum eo factus, et tanquam membrum compactus” (s. 144,5)²*
- Adverbio: “*Partiendo corporaliter, haciendo spiritualiter” (s. 51,2)³*
- Verbos: “*Quae plus in dona Dei misit, quam quae sibi nihil dimisit” (s. Mai 128,4).⁴*

Por otro lado, surgirá otro nuevo recurso para obtener ritmo que será el establecer cierto paralelismo entre las ideas que compongan una misma frase:

6- PARALELISMO AGUSTINIANO: NUEVO RECURSO PARA OBTENER RITMO

Dentro las “figuras gorgianas” (se tenía al sofista siciliano Gorgias como su inventor) destaca el llamado paralelismo o “*isókolon*”, muy extendido por todos los autores del África latina, entre ellos San Agustín.

Gracias a este paralelismo, las ideas que se transmiten gozan de una cierta belleza plástica, a la vez que armoniosa. De igual forma, ayudan al autor a poder remarcar, ya sea en el texto escrito o en el sermón pronunciado, alguna verdad o idea compleja para su correcta comprensión. Así, será su obra *Confesiones* donde todo esto tenga una mayor relevancia.

Dentro de su producción literaria, y más concretamente de sus sermones, podemos establecer una doble vertiente: 1- Por un lado, los llamados paralelismos de ideas (se establecen entre ellas mismas y- seguramente- se deban al influjo de las Sagradas Escrituras, que no consiste mas que en repetir la idea del primer miembro en el segundo) y 2- el denominado paralelismo formal (simetría que surge entre las ideas de las mismas palabras, por ejemplo repitiendo constantemente un verbo).

De esta forma, el Maestro Hiponense demuestra una vez más lo importante que es la correcta y constante comunicación entre el oyente y el predicador, algo que va a depender de diversos factores como:

7- FACTORES DE LA PREDICACIÓN AGUSTINIANA

a) El primer factor que va a condicionar al sermón será el contexto en el que se desarrolle. Así, éste tenía lugar en el interior del templo en el que los oyentes

² (Nadie asciende) sino es formando con El una misma cosa e integrado como miembro al cuerpo que bajó” (s. 144,5).

³ “Partiendo corporalmente y obrando espiritualmente” (s. 51,2)

⁴ “¿Quién echó en las ofrendas para el Señor mas que quién no dejó nada para sí?” (s. Mai 128,4).

(auditorio) permanecían en pie (gran inconveniente del que ya advierte al diácono Deogracias en *De catechizandis rudibus*, frente a las costumbres de las Iglesias de ultramar

(*cat. rud. XIII, 19,6*)), aunque el orador sí lo hacía sentado desde la cátedra: “...os reunís aquí para escucharme de pie” (*s. 104,4*) → San Agustín- según apuntan algunas voces- predicaba en una de las tres basílicas que Hipona poseía: la Leonciana, pues era el mártir San Leoncio el que la erigió. Dicen que, seguramente, predicaba desde un púlpito adentrado en el auditorio, pues desde allí llegaba a todos los rincones del ámbito. Permanecía sentado y junto a él el lector, que bien podría ser un diácono u otra persona.

Ante tales circunstancias, el sermón ni podía ni debía fatigar o cansar a los fieles, pues- según él mismo indica- el cuerpo debía estar relajado para poder comprenderlo correctamente. Por tanto, su elaboración debía ser sencilla, tal y como si se tratase de una mera conversación.

b) Otro nuevo factor, vendrá propiciado por dicha conversación entre fieles y predicador, y no será otro que la mera improvisación, improvisación que podría responder, o bien a la equivocación del lector en la lectura correspondiente (factor que haría desbaratar los esquemas del sermón que, previamente, se tiene preparado) o quizás a la fatiga del predicador al ser forzado a su predicación → Fama agustiniana.

El celo pastoral que tenía por sus fieles era tal que, incluso adaptaba el sermón a la labor cotidiana de éstos. Así, lo exponía a la hora más adecuada para ellos, puesto que eran sus fieles gente del mar (recordemos que Hipona era puerto de mar). De esta forma, tenía por costumbre predicar sábados, domingos y vísperas de fiesta, puesto que era en esos días cuando acudían a la Iglesia la gente que, verdaderamente, tenían sed de la Palabra de Dios (*s. 128, 6*).

Algunas veces, serían los ruidos provocados por la multitud o la falta de voz en el predicador, nuevos motivos para la brevedad.

c) Por otro lado, será la correcta comprensión el tercer factor que condicione el sermón. Para ello, no se va a dudar en recurrir a la repetición (paralelismos), pues serán los murmullos, movimientos del auditorio o los aplausos motivos de incomprensión.

Tengamos en cuenta que su voz era muy exigua, pues su salud era débil y su pecho resentido por el frío desde su magisterio en Milán. Así lo reconocerá él mismo: “*la cual (mi voz) no es tal que se oiga suficientemente sino en grande silencio*” (*s. 126, 1 Mai*).

d) Estos tres factores antes citados, darán origen a poder establecer una clara distinción entre dos tipos de sermones: el “*sermo popularis*” y el “*sermo rhetoricus*”.

Así, mientras que en el primero la predicación debía ser sencilla, llana, lleno de ritmo y juego de palabras (Hipona), en el segundo tendría que ser mucho más refinado y culto (Cartago).

No obstante, todos estos sermones o discursos responden a una elaborada estructura:

8- ESTRUCTURA AGUSTINIANA DEL DISCURSO

La estructura que regirá los discursos agustinianos no se va a diferenciar mucho de la seguida por los autores clásicos, sobre todo Cicerón y Quintiliano.

De esta forma, San Agustín- ante la negativa de ofrecer al lector una explicación detallada y minuciosa acerca de las diversas partes que integran el discurso (recuerden que no poseía una *“techné”* propia)- va a modificar, o más bien adaptar a su predicación dicha estructura clásica, estructura que podemos estudiar y analizar tanto en el libro IV del *De doctrina Christiana* como en *De catechizandis rudibus*. Así tenemos:

1- El *“exordio”* o *“proemio”*: Especie de prólogo en donde se ha de “preparar al oyente”, es decir, moldearlo y disponerlo para nuestro discurso, adentrándose así en su ánimo para intentar conseguir mover su afectividad. Así, en el libro IV de *De doctrina Christiana* se subrayará que dicho exordio ha de hacerlo benévolo (*vel benevolum*), atento (*vel intentum*) y dócil (*vel docilem*) (*doc. Chr. IV, 2,3/IV, 4,6*).

2- La *“narratio”*, que no consiste más que en exponer de una forma detallada los asuntos que integran el discurso. Para San Agustín, ésta es fundamental en toda enseñanza cristiana, pues va a expresar los acontecimientos salvíficos del género humano (*“historia salutis”*), es decir, *“la exposición de las verdades que debemos creer para ser cristianos”* (*cat. rud. 1,1*).

No obstante, ésta debía abarcar también toda la historia de la comunidad eclesíástica existente hasta su época, sino sería bastante pobre.

De esta forma, ésta deberá ocupar el puesto central en todo sermón, pues será aquí donde el predicador moverá las voluntades de los oyentes a través de la demostración histórica del amor de lo divino hacia lo humano.

Sin embargo, dicha *“narratio”* deberá poseer- como ya bien apuntó Aristóteles en la *Retórica* tres cualidades, cualidades que seguirán estando vigente en el sistema agustiniano: claridad, brevedad y verosimilitud.

3- Y por último, como colofón al sermón, se añade la *“exhortatio”*, la cual no pretende mas que provocar, encender en los ánimos de los oyentes el deseo de alcanzar las verdades anteriormente expuestas. Así, deberá situarse siempre justamente detrás de la *“narratio”*.

Sin embargo, todo este complejo “arte de la retórica” ha de basarse en dos pilares fundamentales, sin la cual resultaría ser “nada”. Estos pilares no podían ser otros que la voz y la palabra, a los cuales San Agustín dedica uno de sus numerosos sermones, sermón en el que no dudará equipararlos con las figuras neotestamentarias de San Juan Bautista (“la voz que clama en el desierto) y Cristo (“la Palabra hecha carne”). Advirtamos que tal comparación no responde mas que a la correcta comprensión del auditorio, auditorio al que él amaba y por el que era amado: *“porque yo quiero ser amado de vosotros, pero no quiero ser amado en mí”* (*Jo. ev. tr. 6,1*).

De esta forma, por voz se podría entender todo sonido o ruido absurdo, al menos que la palabra- con su presencia- le otorgue algún sentido.

Sin embargo, la palabra- a la que también aludió su Santidad Benedicto XVI en el acto de bienvenida de las JMJ de Madrid- se definirá como aquella que nace del corazón humano, por lo que tendrá una gran valía aún en ausencia de la voz.

Su carácter es universal, pues no pertenece a ninguna lengua en concreto, sólo busca a ésta para poder llegar al hombre. Por todo ello, aquélla quedará encarnada en la figura del Bautista, pues al igual que él, también es transitoria y caduca, es decir, la voz suena en nuestros oídos y pasa. No obstante, prepara y allana el camino de la palabra.

Mientras tanto, la palabra permanece siempre, es eterna, pues ha sido concebida en nuestro corazón. Precede a la voz, aunque no puede proceder sin ella, pues es el vehículo de ésta. Así, una vez que se adentra en el interior del hombre se multiplica.

No obstante, es difícil separar voz y palabra, aunque si se ha de optar por una de las dos, entonces preferible es la palabra, pues- nos dirá San Agustín- *“...la voz sin palabra es algo vacío”* (s. 288,3).

9- CONCLUSIÓN

Así, es de esta manera que San Agustín, casi durante cuarenta años, seduce y fascina a sus fieles sin jamás cansarlos o fatigarlos (*“Nunca os veo fatigados”* (in Ps. 141,21) o *“Vuestra avidez es tanta, que siempre os halláis dispuestos a oírme”* (in Ps. 41,13)), pues- ante todo- él supo amar a sus oyentes- como ya se dijo anteriormente- y, quizás sea éste el principal motivo del enorme éxito cosechado por su oratoria sagrada, ya que- como él mismo apunta- *“Ama y verás que no puedes hacer otra cosa que bien”*, pues *“ten la caridad y lo tendrás todo, porque sin ella todo lo que puedas tener no valdrá para nada”*(Tractatus in Io. 32,8).

Por último, concluiría esta conferencia con las pronunciadas por el Beato Juan Pablo II (1920-2005) en su carta apostólica *Augustinum Hipponensem*, redactada con motivo del XVI centenario de la conversión del Santo Obispo de Hipona:

“...manifiesto el vivo deseo de que se estudie y sea ampliamente conocida su doctrina y de que se imite su celo pastoral, para que el magisterio de tan gran Doctor y Pastor continúen en la Iglesia y en el mundo a beneficio de la cultura y de la fe”
(V. Conclusión).